



RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas

ISSN: 1577-239X

usc.rips@gmail.com

Universidade de Santiago de Compostela
España

Dautrey, Philippe

La invención de una categoría: los NiNis. El caso mexicano

RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas, vol. 13, núm. 2, julio-diciembre, 2014, pp.
103-122

Universidade de Santiago de Compostela
Santiago de Compostela, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38032972006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La invención de una categoría: los NiNis. El caso mexicano

Philippe Dautrey

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA EN HUMANIDADES DEL ESTADO DE MORELOS (MÉXICO)
Y UNIVERSIDAD DE BRETAGNE OCCIDENTALE (FRANCIA)
dauphil@hotmail.com

Resumen: Al reorientarse el modelo económico en México a partir de los años ochenta y al sustentarse en el predominio de los mercados, la dependencia de la inversión extranjera y el retroceso del Estado, los jóvenes se han convertido en variable de ajuste, desperdiciándose el bono demográfico. Al mismo tiempo, las instituciones socializadoras de la juventud, la escuela y el trabajo, han mostrado fallas en asumir su papel. En efecto, la cobertura escolar en los niveles medio superior y superior es insuficiente, por incumplirse la tercera revolución educativa, mientras que crece la precariedad laboral. En tal panorama, los NiNis, esto es, los jóvenes en la situación más dramática (no estudian ni trabajan) adquirieron visibilidad. Sin embargo, la invención de esa categoría ecléctica de la juventud y su institucionalización en el aparato estadístico estatal remiten a un fenómeno fundamental; la individualización de los riesgos, los cuales corren parejos al cambio de rumbo económico y al consiguiente debilitamiento de la solidaridad.

Palabras claves: jóvenes – NiNis – modelo económico – instituciones – individualización de los riesgos

Abstract: *With Mexico moving in the 1980s toward a new economic model that relies on the primacy of markets, foreign direct investment, and less state regulations, young people have become an instrument of adjustment, which has kept the country from capitalizing on its demographic bonus. Compounding this problem, institutions such as the school and the workplace no longer fully play their roles as instruments of social integration of the youth. The failure to complete the third round of educational reforms (access to secondary and higher education has yet to be generalized to the whole population) has added to the job insecurity prevailing in the labor market. It is in such a context that the NEETs (an acronym used in reference to young people, the most affected, Neither in Employment nor in Education or Training) have emerged. However, the rise of this many-sided category which statistics have turned into an institution finds its root in a more fundamental phenomenon; the individualization of risks, inherent in the shift in the economic direction and the erosion of solidarity.*

Key words: youth – NEET – economic model – institutions – individualization of risks

Cada ciclo de la vida humana remite a una definición histórico-social. Así, la juventud se ve delimitada por etapas de aprendizaje ligadas a la asimilación de las normas y valores de una sociedad determinada, lo mismo que a la preparación e integración a la vida productiva (Berger y Luckmann, 2008: 171). Sin embargo,

existe una gran variabilidad de los ciclos. En la actualidad, el fin del aprendizaje y la autonomía de los jóvenes tienden a postergarse, lo cual se manifiesta en mayor medida en la sociedad urbana. Ello se comprueba también en América Latina y en México.

En esos países la integración de los jóvenes a la sociedad mediante la escolarización y el trabajo parece haber sido rebasada por un fenómeno cada vez más recurrente: el aumento de la proporción del segmento joven de la población que no tiene escuela ni empleo (los *NiNis*) y que escapa a las instituciones que suelen ligarlos al orden social. Conforman un puro agregado de individuos marginados que tienen una más débil articulación con la sociedad, al que los medios coligan con la violencia y con actividades delictivas. Por cierto, ha habido siempre jóvenes que han abandonado la escuela y han estado desempleados, pero el fenómeno no alcanzó tal magnitud en las décadas anteriores.

En el fondo, la cuestión de los *NiNis* remite al lugar de la juventud en el modelo económico que se ha implementado desde los años ochenta. Por una parte, éste ha convertido el bono demográfico en variable de ajuste ante los cambios estructurales y las crisis económicas. Por otra, las instituciones que solían integrar a los jóvenes se debilitan. La escuela ya no conduce automáticamente a una posición social estable y el trabajo escasea. Finalmente, los *NiNis* son la faceta más dramática del problema juvenil. Sin embargo, la invención de esta categoría no solo refleja los cambios en la economía sino que su institucionalización en el aparato estadístico plasma también una tendencia más profunda: la individualización de los riesgos que reclama la adopción del nuevo paradigma económico.

En este trabajo, que se circunscribe al caso de México, consideraremos primero la reorientación del modelo económico y las fallas de las instituciones socializadoras y sus consecuencias para los jóvenes en general. Luego, analizaremos la categoría particular de jóvenes que son los *NiNis*, relacionando también la invención de ésta con el imperativo de individualizar las crecientes inseguridades.

■ **La reorientación del modelo económico**

Una opción arriesgada

A partir de los años ochenta, México eligió un modelo económico de corte neoliberal como respuesta a la crisis de rentabilidad. Al ganar terreno esta opción, al Estado se le sustrajo buena parte del manejo de la política económica, provocando la deslegi-

timación y debilitación de las instituciones estatales reguladoras¹ (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 36). En rigor, el Estado se constriñó a su función de garantizar los equilibrios macroeconómicos sin que la fiscalidad tuviera margen para fomentar la actividad económica (la recaudación fiscal, equivalente a poco más del 10 por ciento del Producto Bruto Interno –PIB–, no lo permite). (ibid, 102 y 169).

Este modelo en el cual el agente dominante es la inversión extranjera directa, se asentó en la libre circulación de capitales ocurrida desde la década de los noventa. Pero los capitales que ingresan al país pudieron orientarse a la inversión en la producción de bienes y servicios y con ello crear nuevos empleos o bien dirigirse a los mercados financieros. La primera variante conlleva un alto riesgo y unos menores márgenes dada la competencia global, mientras que la segunda entraña un riesgo calculable –por lo menos fue así hasta la crisis del 2008– y unas perspectivas de ganancias mayores que no se reinvierten sistemáticamente en puestos de trabajo. Esa última variante fue la que triunfó en México. Por esto, el crecimiento de los índices bursátiles no se debe a nuevas emisiones de títulos para generar proyectos productivos sino al ingreso masivo de capitales especulativos que reclaman y obtienen importantes ganancias sin participar en la producción y por ende en la creación de empleos (las cotizaciones de la Bolsa Mexicana de Valores crecieron exponencialmente de 2003 a 2007 en tanto que desde finales de los años noventa ha habido una drástica reducción de empresas industriales emisoras de acciones). (ibid, 44, 180 y 193-194). Al mismo tiempo, el Banco de México se porfía en mantener la estabilidad del tipo de cambio así como una alta tasa de interés para que la inversión extranjera venga al país (Orive, 2011: 28). Aparte de favorecer al capital financiero, esa política del banco central afecta al costo del crédito y a la inversión (ésta representa con dificultad el 20 por ciento del PIB cuando solía alcanzar entre el 25 y el 30 por ciento antes de la adopción del neoliberalismo). (ibid, 97). En suma, el sector productivo nacional ya no ofrece condiciones de rentabilidad tan atractivas como el sector financiero y no capta suficientes capitales para implementar el desarrollo (ibid, 32).

Además, los bancos extranjerizados apenas contribuyen al financiamiento de los proyectos productivos (por ejemplo, en el primer semestre del 2009 sólo participaron en un 2,6 por ciento de la financiación a las empresas del sector privado). (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 136). Por su parte, la inversión pública pasó a un plano secundario. Si bien el banco de fomento Nacional Financiera (Nafinsa) mantuvo desde los años cuarenta un papel destacado en el proceso de industrialización en la medida en que permitió canalizar recursos a proyectos productivos e infraestructura

1. Sin embargo, la agricultura orientada a la exportación disfrutó de irrestrictos apoyos gubernamentales (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 98).

y aumentar así el nivel de empleo, el declive de dicha institución en la década de los noventa hizo que decayera el sector industrial como receptor de los fondos que otorga (López, 2013: 277-278, 314 y 318). En cambio, la política crediticia apoyada en la banca privada que se impulsó desde entonces endurece las condiciones para la obtención de créditos (durante el periodo 2000-2008, el crédito bancario bajó de 8,5 a 7,1 puntos del PIB mientras que aumentaron las tasas de interés). (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 188).

Por si fuera poco, los bienes provenientes del exterior desplazan del mercado a la producción nacional². En efecto, México es de los países que más tratados comerciales ha firmado a nivel mundial, por lo que el 60 por ciento de los productos importados son exentos de impuestos (Orive, 2011: 27 y 31). En particular, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte de 1994 ha dañado a las empresas que producen para el mercado interno y perjudicado el desarrollo de los sectores agrícola y manufacturero mientras se han desintegrado las cadenas productivas tradicionales³ (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 112 y 135). Y lo que es más, la banca incrementa el crédito a favor del consumo de bienes importados (el financiamiento a hogares ha sido mayor en los últimos años que el destinado a las empresas locales). (ibid, 191).

Lo anterior trae consecuencias drásticas para el trabajo. Por un lado, la apertura indiscriminada de la economía mexicana ha provocado la quiebra de una multitud de PyMes y el subsiguiente declive del empleo en la agricultura y la industria (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 136). Por el otro, la adopción de ese modelo de desarrollo “desde fuera” ha ido a la par con el despliegue de políticas de reestructuración (disciplina fiscal, privatización, contención salarial, desregulación laboral) afines al nuevo tipo de acumulación (Álvarez y al., 2008: 27-38)⁴. Los sueldos se han mantenido bajos ya que representan un costo que debe reducirse en concordancia con los objetivos de política monetaria (Bolaños López, 2013: 16). Finalmente, la incapacidad del modelo económico vigente de absorber la demanda de trabajo ha forzado a los trabajadores a emigrar o a incorporarse al sector informal (Orive, 2011: 78 y 125).

2. Franco López (2012: 21-27) muestra que México se desindustrializó a tal grado que la capacidad instalada efectivamente empleada era, a principios del 2005, inferior en términos porcentuales a la de 1995.

3. El contenido de las exportaciones mexicanas y de la producción para el mercado interno tienen un porcentaje elevado de importaciones, en muchos casos superior al 50 por ciento (Orive, 2011: 163). En cuanto a la desintegración de las cadenas productivas, véase el caso de la industria farmacéutica en Aboites y Soria (2008: 129-138).

4. La desregulación del trabajo que los gobiernos neoliberales de las últimas tres décadas promovieron supuso la acentuación de la de por sí enorme asimetría entre capital y trabajo y significó el crecimiento en la participación de los ingresos del capital en el PIB así como la expansión del empleo precario (Álvarez y al., 2008: 39 y Mora-Salas y De Oliveira, 2009: 201 y 206).

A la vez, el dismantelamiento de la red de protección en los países en vías de desarrollo bajo la presión concertada de los mercados globales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, ha conducido a que el ámbito de la autonomía individual se halle en expansión y a que la comunidad sea cada vez más “ausente” (Bauman, 2011: 28). En México, la tendencia ascendente de la cobertura en materia de seguridad social se interrumpió por la imposición del proyecto neoliberal (Valencia Lomelí, 2010: 75)⁵. Se afianzó el carácter dualizado del Estado del bienestar con la construcción de nuevas instituciones que incrustaron aún más la estratificación⁶. Buena parte del dualismo mexicano anterior era por omisión (exclusión de campesinos y trabajadores urbanos informales). Ahora es un dualismo institucionalizado en el que se mantienen los privilegios corporativos a cambio de la inclusión de reformas de mercado en las políticas sociales. Se avanzó hacia la mercantilización y el abandono del principio de solidaridad (ibid, 85, 93 y 97-98).

Los jóvenes: variable de ajuste

Son las políticas asociadas a esa reorientación, especialmente la desregulación del trabajo, las que más poder explicativo tienen en la pésima situación laboral de los jóvenes aunque el entorno familiar y el tamaño de la localidad de residencia se reflejan también en el grado de precariedad que ellos experimentan (Mora-Salas y De Oliveira, 2009: 211, 213-215, 218-219 y 222). Así, la reducción del empleo formal y el crecimiento del sector informal afectan en primer lugar a los jóvenes de entre 15 y 24 años, los cuales muestran el mayor nivel de desocupación –salvo en el Distrito Federal, en el resto del país no se benefician de ninguna protección contra el riesgo de desempleo– (INEGI, 2013/b: 4). En realidad, la desocupación juvenil es más volátil que la de individuos más adultos: es la primera en aumentar en épocas de crisis económica dado el menor costo de los despidos de un joven y es también la última en disminuir en fases de crecimiento (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 1 y CEPAL, 2011: 124). La incidencia negativa de la crisis financiera del 2008 en los empleos formales aquejó más a los jóvenes que a los trabajadores adultos (el aumento de los *NiNis* hombres se debe principalmente a esta crisis). Para finales de 2011, su tasa de desocupación llegó a duplicar a la tasa total, alcanzando el 10 por ciento. Por añadidura, el debilitamiento de la recuperación mundial entre 2012 y 2013 dificultó

5. Conferir un seguro contra ciertos riesgos laborales, al menos para los grupos mejor organizados dentro del corporativismo, fue el propósito del Estado del bienestar. Se trataba de disminuir el miedo a la incertidumbre. Una red de instituciones públicas (IMSS, ISSSTE, etc.) se encargaba de garantizar la póliza colectiva de seguros emitida por el Estado. Este promovía el principio del seguro colectivo, aunque fuese parcial, y reemplazaba el orden del egoísmo por el orden de la igualdad que inspiraba solidaridad.

6. Véase Dautrey (2013) al respecto.

aun más su acceso al empleo (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 3; OCDE, 2012 e INEGI, 2013/b: 3)⁷. Cuando no son desempleados, presentan condiciones laborales más precarias (contratos temporales, salarios reducidos y prestaciones mínimas) que las de los adultos, incluso en los sectores dinámicos de la economía, y constituyen una reserva de trabajo cuyo coste de despide es bajo (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 19)⁸.

La situación laboral de los jóvenes es explicada por el contexto económico del país y las recurrentes crisis aun cuando existan desajustes como la falta de experiencia y la no correspondencia entre educación y ocupación que se eliminan en el largo plazo por medio de la capacitación (los jóvenes profesionistas tienen que aceptar primero empleos precarios para empezar a pagar por cuotas la experiencia laboral que el mercado les ofrece). (López Moguel, 2009: 864, 866, 878 y 883). No obstante, prevalece una gran heterogeneidad entre ellos. Los individuos de clase alta con niveles de instrucción por encima de la media compiten ventajosamente en el mercado laboral. En cambio, sus pares de la clase social baja tienen escasa preparación profesional y experimentan la precariedad en tanto que el desempleo afecta también a los graduados de educación superior de la clase media (Mendoza Enriquez, 2011: 206-207). De hecho, son los jóvenes más desfavorecidos los que sirven primeramente de variable de ajuste.

Y eso que en México concurren condiciones demográficas propicias. En efecto, existe una extendida población joven en edades laborales respecto de la población de menores y de adultos mayores, o sea, la relación de dependencia disminuye y aumenta el peso porcentual de las personas potencialmente productivas respecto de aquellas que no lo son (la relación seguirá disminuyendo algunos puntos porcentuales y hacia 2025 empezará a aumentar). Sobre todo, el bono demográfico del que se beneficia el país está en su fase más favorable (menos de dos personas inactivas por cada tres en edad de trabajar). Esa generación de jóvenes, con mayor acceso a la educación superior, representaría una inversión en capital humano y un impulso al desarrollo (Moreno-Brid y Ros Bosch, 2010: 290; CEPAL, 2011: 182 e INEGI, 2013/a). Sin embargo, el modelo que se adoptó en los años ochenta no ha sido capaz de sacar provecho del bono demográfico; entre 1982 y 2009, el crecimiento del PIB fue inferior a la tasa de crecimiento de la población (respectivamente alrededor del 2 por ciento

7. A raíz de la crisis financiera del 2008 y de la fuerte contracción del PIB per cápita observada en el año siguiente (menos 7,2 por ciento), México fue el único país de América Latina, junto con Honduras, con incrementos significativos en sus tasas de pobreza y de indigencia (CEPAL, 2011: 17).

8. A principios de la presente década, la precariedad juvenil es endémica en toda la región latinoamericana y aflige a la gran mayoría de los jóvenes que son económicamente activos. Solamente el 10 por ciento de ellos tienen un contrato estable con seguro social (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 80).

y del 2,08 por ciento en promedio anual). (Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 21-22). El mercado laboral se caracteriza por una relativa abundancia de empleos que requieren bajos niveles de escolaridad y las tasas de desempleo han subido para los jóvenes con niveles más altos de educación (López Moguel, 2009: 877 y Moreno-Brid y Ros Bosch, 2010: 311). Así que la inactividad juvenil se convierte en calificaciones no adquiridas a través de la educación y de la experiencia laboral y en probabilidad de reincidir en el desempleo y bajos salarios en la vida adulta, lo cual tiene implicaciones para la desigualdad y la pobreza (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 1-2)

Las fallas de las instituciones socializadoras

La inconclusa tercera revolución educativa

En México no se ha completado la tercera revolución educativa, esto es, la cobertura integral en la enseñanza primaria, la obligatoriedad del primer ciclo de la educación secundaria (a la que asisten idealmente niños entre 13 y 15 años de edad) y el aumento de la escolarización en el segundo ciclo de ese nivel (el medio superior, que se cursa normalmente entre 16 y 18 años) y en el nivel superior⁹. Si bien para 2012-2013, la tasa de cobertura en la educación básica alcanzó el cien por ciento en primaria y el 97,9 por ciento en secundaria, sólo se logró una tasa del 71,3 por ciento en el medio superior donde cerca de un tercio de los alumnos reprueban (Ordorika y Rodríguez Gómez, 2013: 199 y 200)¹⁰. México todavía muestra rezagos importantes en cobertura en los grados escolares que corresponden a la edad de 15 años en adelante. Más de cuatro de cada diez jóvenes de 15 a 19 años de edad dejan de estudiar (Benjet y al., 2012: 415 y Andere, 2013: 16)¹¹. Mientras que los adolescentes varones se alejan del sistema educativo sobre todo por necesidad de incorporarse al mercado laboral, las chicas lo hacen también por motivos familiares relacionados a esquemas culturales arraigados o a obligaciones domésticas de cuidado (Fernández Poncela, 2012: 8 y 9).

Teóricamente, el nivel medio superior corresponde al umbral de “empleabilidad” para conseguir un puesto de trabajo en la economía formal o mantenerse en ella (o sea, de alcanzar ese nivel, los empleos correspondientes dejan de ser precarios)¹². Sin

9. Véase en Esteve (2003: 75-97) sobre la tercera revolución educativa.

10. Según la INEGI (2013/b: 3), sólo 35,7 por ciento de los adolescentes de 15 a 19 años cuenta con algún grado aprobado a nivel medio superior. En los jóvenes de 20 a 24 años, la proporción de aquellos que cuentan con el mismo nivel de escolaridad baja a 27,3 por ciento. En contraste con Argentina, Chile y Brasil, el porcentaje de adolescentes que estudian en el nivel bachillerato es menor en México.

11. La cobertura total debería alcanzarse en 2021-2022, siendo escalonada la obligariedad de cursar la educación media superior (Andare, 2013: 86).

12. La “empleabilidad” remite a la posesión de acreditaciones educativas así como de competencias. En lo que se refiere a estas últimas, la mayoría señala la falta de experiencia como la causa de rechazo al pretender acceder a su primer empleo (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 26).

embargo, dicho nivel opera cada vez menos como puente para el ingreso a ella dada la proliferación de las credenciales educativas y la insuficiente generación de empleos formales (Mora-Salas y De Oliveira, 2009: 218 y CEPAL, 2011: 125). Ni siquiera garantiza un puesto de trabajo. Así, para finales del 2013, el porcentaje de desocupados con nivel de instrucción medio superior (y superior) volvió a ser el más alto (INEGI, 2013/c). Por consiguiente, una parte significativa de la población adolescente escolarizada tiene bajas expectativas respecto de las oportunidades y retornos que les depara una mayor cantidad de años de estudios (con todo, cada año adicional de educación, principalmente post-secundaria, genera ganancias a través del salario y las brechas salariales se amplían entre la población más educada y las que tienen menor escolaridad). (López Moguel, 2009: 867-868, 869 y 870-871). Aunado a la falta de dinero en el hogar y en el fastidio de la escuela, que tiene una raíz profunda en el estatuto socio-cultural de las familias y comunidades, tal escepticismo sobre el futuro se traduce en deserción escolar a partir del nivel medio superior donde el fenómeno afecta a uno de cada siete alumno (Vargas Valle, 2012: 8 y Ordorika y Rodríguez Gómez, 2013: 200).

Al nivel superior cuyos títulos permiten lograr empleos de profesionistas en el sector formal, para 2012-2013 la cobertura era del 34,6 por ciento de la población en edad de asistir (Ordorika y Rodríguez Gómez, 2013: 199). Además, la ampliación del acceso a la educación superior ha corrido parejo con la extensión de escuelas privadas de baja calidad y la sobreoferta de carreras saturadas (el segmento “patito” se ha desarrollado a partir de los años ochenta, junto con establecimientos particulares de élites, a un ritmo tres veces superior al de la esfera pública). Al circunscribir el gasto para la universidad pública, el Estado ha limitado las oportunidades de los jóvenes para estudiar y se ha vuelto menos eficaz para reducir las desigualdades de acceso a la educación superior. A la postre, esa segmentación de la enseñanza superior repercute en la “empleabilidad” dado que los egresados del sector “patito” tienen más dificultades para conseguir un empleo y, de tenerlo, es menos pagado (Márquez Jiménez, 2011: 74 y Dautrey, 2012: 185 y 196).

Además de participar de fenómenos de segregación, la educación superior no garantiza el ascenso social. Entonces, estudiar no tiene sentido para muchos jóvenes puesto que no les asegura un empleo formal ni les ofrece el acceso a mínimos de bienestar (vivienda, salud, etc.). (CEPAL, 2011: 19 y Núñez Estrada y García Rocha, 2011: 99). Casi el 45 por ciento de los ocupados de 25 a 29 años con estudios profesionales terminados laboran en ocupaciones donde no aplican las habilidades de la formación recibida. La falta de oportunidades laborales es aún mayor entre aquellos que provienen de un estrato socioeconómico bajo, pues para ellos la sobreeducación y el exceso de competencias alcanza un 60 por ciento (INEGI, 2013/b: 4-5).

La crisis del trabajo

Al producirse el giro hacia el neoliberalismo y al desregularse las relaciones laborales, se desdibujaron los límites entre trabajo y no trabajo. Al mismo tiempo, los empleos formales, que constituyen el ojo de la aguja a través del cual todo ciudadano adquiere plenos derechos (ingresos, pensión de jubilación, etc.), escasearon. De todos modos, de obtenerlos los jóvenes desconfían en el cumplimiento de la ley y en los sindicatos que supuestamente lo garantizan (CEPAL, 2011: 20 y 69).

El modelo económico es más bien socializador para la precariedad (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 22). Al cuarto trimestre del año 2013, tres de cada cinco personas (el 59,3 por ciento de la población económicamente activa –PEA–¹³) no contaban con una ocupación formal (esto es, buenas condiciones de trabajo, de remuneración y acceso a todas las prestaciones sociales) o no tenían una actividad laboral de tiempo completo. El desempleo y la ocupación parcial (abarca a la población ocupada que labora menos de 15 horas a la semana) representaban el 11,3 por ciento de la PEA. Por su parte, la subocupación (población ocupada que tiene la necesidad y disponibilidad de ofertar más tiempo de trabajo de lo que su ocupación actual le permite) era del 8,2 por ciento, la ocupación en condiciones críticas (incluye a las personas que se encuentran trabajando menos de 35 horas a la semana por razones ajenas a sus decisiones y las con ingresos mensuales inferiores al salario mínimo, etc.) del 11,9 por ciento y la ocupación en el sector informal, en el que las fuentes de ingresos no son reguladas, del 27,9 por ciento (INEGI, 2014). Por su parte, la reforma laboral del 2012, en sintonía con la reorientación del modelo económico, extremó la flexibilidad laboral (sustituyó los contratos de planta por trabajo eventual y por horas mismo que abarató los despidos y fomentó el *outsourcing*). (Bolaños López, 2013: 14). En tal panorama, un mayor número de jóvenes acepta trabajos temporales y a tiempo parcial ya que los empleos seguros han pasado a ser más difíciles de conseguir. La proporción de ellos que laboran en el sector informal rebasa con creces el promedio y se acerca a los dos tercios (el 62,6 por ciento) –siendo así doblemente vulnerables por carecer de garantías laborales y por cobrar salarios irrisorios–. También ha crecido el porcentaje de jóvenes con niveles relativamente altos de educación (10 años y más de escolaridad) empleados en actividades informales de baja productividad. Representan un 44,2 por ciento. Lo cual se atribuye principalmente al elevado crecimiento de la oferta de población con instrucción universitaria y al lento desarrollo de la economía (Moreno-Brid y Ros Bosch, 2010: 311-312 e INEGI, 2013/b: 4-6). En resumidas cuentas, ser preparado significa cada vez más ser pre-parado para

13. Se considera como población económicamente activa a los individuos mayores de 12 años y más edad.

los jóvenes¹⁴. En el mejor de los casos, supone realizar labores ajenas a su profesión (Téllez Velasco, 2011: 86).

Tal como lo subraya Beck (2000: 95) en otras latitudes, el creciente deterioro del trabajo generaliza la incertidumbre de los patrones conceptuales y morales (en México, tanto la cadena de tiendas *Wal-Mart*, el empleador privado más grande del país, como la maquiladora, vector del desarrollo “desde fuera”, brindan deterioradas condiciones de trabajo, salarios bajos y fomentan altísimas tasas de rotación, participando de esa tendencia). (Zermeño, 2005: 67-68 y Lichtenstein, 2006: 21 y 162). El trabajo queda vinculado con el sufrimiento y lo desagradable pero ya no se relaciona sistemáticamente con el bienestar. Es cada vez menos compensado por el nivel de consumo anhelado; lo agradable¹⁵. En el sector formal, casi tres de cada cinco jóvenes reciben como máximo tres salarios mínimos –lo cual corresponde a un poder adquisitivo inferior al que ofrecía un solo salario mínimo hace unas décadas–. En cuanto a aquellos que laboran en el sector informal, dos de cada tres cobran esa cantidad y uno de cada seis no recibe una remuneración (INEGI, 2013/b: 5-6). En semejantes condiciones, el desencanto del trabajo crece y éste no puede seguir manteniéndose como un valor positivo al no dar más que para mantenerse en la pobreza (Zermeño, 2005: 97)¹⁶. Ni siquiera es un resguardo contra los riesgos para la salud de los jóvenes (consumo de drogas, suicidio, etc.). (Benjet y al, 2012: 416).

Una categoría particular de jóvenes: los *NiNis*

Un conjunto ecléctico

Una categoría de jóvenes experimenta la situación más desastrosa por no ser escolarizada ni trabajar. Son los *NiNis*. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico evalúa su tamaño en más del 20 por ciento del grupo etario entre 15 y 29 años, la segunda tasa más alta entre los países miembros de este organismo

14. En España, ‘parado’ significa ‘desempleado’.

15. Véase en González Enciso (2007: 176-181 y 196-197) sobre las concepciones clásicas, que siguen vigentes, del trabajo y del consumo y sobre la dignidad del trabajo. En realidad, el poder adquisitivo se ha estancado y sólo es remediado por el incremento del endeudamiento vía crédito al consumo (Álvarez y al., 2008: 43). Más aún, los horarios inadecuados, que son la principal causa de la baja laboral de los jóvenes, no compensan el deterioro salarial (Borunda Escobedo, 2013: 129).

16. El desencanto del trabajo empezó en los países desarrollados cuando se debilitó el modelo fordista y se rompió el equilibrio en el intercambio entre esfuerzo (frustración y alienación en el trabajo repetitivo y no calificado) y recompensa (bajo la forma de consumo, incluso aquello que permite el Estado del bienestar a través de sus transferencias). El descontento laboral dejó de ser regulado mediante los convenios salariales y compensado por el incremento del poder adquisitivo de los trabajadores (Holloway, 2004: 84-87). A su vez, la apertura a las inversiones extranjeras trajo consigo la llegada de este modelo en crisis y su potencial de frustración y enajenación a los países en vías de desarrollo.

(OCDE, 2013/a: 1-2). Empero, existe una controversia sobre si las personas jóvenes que se dedican a actividades del hogar como las amas de casa se deben considerar *NiNis* (más del ochenta por ciento de *NiNis* mujeres se dedican a labores domésticas –la falta de servicios para el cuidado de niños como guarderías repercute en su elección–). (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 3). De no incluirlas, el número de *NiNis* mujeres disminuye de manera significativa pero no es claro que estén en ellas por sus propias preferencias o por restricciones en el mercado laboral. De igual manera, se tendría que distinguir a los jóvenes disponibles (que no descartan la opción laboral) y a los no disponibles (que identifican otras prioridades o bien para los cuales la alternativa laboral queda temporalmente fuera de su esfera de interés), tomando en cuenta su asistencia o no a la escuela (Negrete Prieto y Leyva Parra, 2013). Queda por esclarecer también si la elección de los no disponibles corresponde a una renuncia a buscar trabajo por la falta de oportunidades.

Ahora bien, la exclusión de la escuela y del trabajo no es sistemáticamente sinónima de bajo estatus socio-económico pues afecta igualmente a personas de estratos altos. Amén del ingreso del jefe del hogar median otros factores como el nivel escolar (antecedentes culturales, grado de conocimiento, representación y valoración de los estudios), el tipo de jefatura así como el género y el tamaño de las localidades, todos los cuales redundan en la exclusión de la escuela y del trabajo¹⁷.

Respecto al factor escolar, es probable que los jóvenes se mantengan fuera del estudio y del trabajo a medida que el clima educativo del hogar desciende (al contrario, si el clima educativo aumenta es más dable que los hijos se dediquen solamente al estudio)¹⁸. Así, la proporción de los que no estudian ni laboran es ligeramente mayor en el estrato de clima educativo más bajo que en el de clima medio alto (Márquez Jiménez, 2011: 62)¹⁹. Sin embargo, si se agrega el factor ingreso no se desdibuja ningún patrón definitivo en cuanto a la relación entre el nivel escolar de los padres y la condición de *NiNis* de los hijos. Sí se observa que los adolescentes de bajos ingresos y poca educación son más propensos a ser *NiNis* dado que los padres con escasa escolaridad y exiguos ingresos tienen dificultades para promover el compromiso de sus hijos con los objetivos escolares e incluso para su asistencia a la escuela (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 2, 4 y 9). Pero se advierten otras tendencias. En

17. La migración es también señalado como un factor asociado a la inactividad de los jóvenes (Vargas Valle, 2012: 10).

18. El clima educativo se considera bajo si los miembros de 18 años o más de un hogar determinado tienen un promedio de escolaridad inferior a 6 años (6 a 9 años de escolaridad corresponden a un clima educativo del hogar medio bajo, 10 a 12 años a un clima educativo medio alto y 13 años y más a un clima educativo alto). (Márquez Jiménez, 2011: 32). A lo anterior, se puede aunar el fenómeno escolar de la cultura "light". Véase Palacios Blanco (2004) al respecto.

19. Tal como lo observa Espina (2007: 178-179), no sólo el capital cultural es pobre sino su transmisión.

efecto, los subgrupos que abarcan a los *NiNis* varones de 15 a 19 años de edad y a los de 20 a 24 años presentan el mayor porcentaje de padres con estudios universitarios (corresponde a hogares con clima educativo alto) en comparación con los subgrupos 'estudia y no trabaja', 'estudia y trabaja' y 'no estudia y trabaja'²⁰. Parece que estos jóvenes, cobijados en una suerte de moratoria, esperan mejores oportunidades educativas o laborales y pueden vivir del soporte familiar. De hecho, de ser superior a diez salarios mínimos el ingreso del jefe del hogar, aumenta la probabilidad de que los hijos entre 15 y 24 años de edad no sean estudiantes ni empleados. Por el contrario, disminuye la posibilidad de que los hijos estén en condición de no inclusión educativa y laboral cuando el ingreso se sitúa por debajo de cinco salarios mínimos (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 89 a 92, 97 y 100-103).

Por otra parte, el tipo de jefatura tercia también en la condición de *NiNi*. La probabilidad de que los jóvenes de 15 a 19 años de edad se conviertan en *NiNis* es menor si el hogar está encabezado por un hombre. En cambio, para el siguiente subgrupo etario (20-24 años) el vivir en un hogar que tiene una jefatura masculina aumenta el riesgo de abandonar la escuela y entrar en la inactividad (ibid, 89 a 92, 97 y 100). Existe también un efecto del número de miembros del hogar por edades. Tener miembros menores de 5 años afecta positivamente la probabilidad de ser *NiNi* ya que esos niños requieren de cuidado (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 28).

En lo relativo al género, se observa que el no estudiar de manera simultánea con el no trabajar es con mucho una condición más femenina que masculina (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 86, 90 y 96). Una causa estriba en que existe un círculo vicioso entre abandono escolar-inactividad-fecundidad, que aqueja más a las mujeres de menor nivel educacional y procedentes de familias de ingresos bajos (los costos derivados de una maternidad temprana no son percibidos plenamente por buena parte de ellas porque tienen bajas expectativas en cuanto a las posibilidades laborales que les proporciona una educación más prolongada). (CEPAL, 2011: 105). De todos modos, es decisivo para incidir en la exclusión de la escuela y el trabajo el hecho de iniciar una vida de pareja (es el caso de casi cuatro de cada diez mujeres entre 15 y 19 años de edad en condiciones de *NiNi*). (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 87). Por lo demás, las mujeres tienen una mayor tasa de graduación universitaria que los hombres pero la transición al mundo laboral no se da de manera igualitaria entre los dos sexos (OCDE, 2013/b: 64).

En cuanto al factor geográfico, esto es, la relación al tamaño de las localidades, se comprueba que la proporción de jóvenes que ni estudian ni trabajan tiende a ser

20. Dado que al nivel superior menos del diez por ciento de los alumnos tiene más de 25 años de edad (Gobierno Federal, 2012: 482), parece más ilustrativo enfocarse en el rango de edad de 15 a 24 años.

muy semejante en las áreas urbanas de más de 15 mil habitantes. En cambio, resulta mayor en las localidades con población debajo de esta cifra. Los jóvenes que viven en áreas rurales tienen una mayor propensión a ser *NiNis* (Márquez Jiménez, 2011: 62 y 67-68 y Vargas Valle, 2012: 11). Pero no son los estados más pobres los que tienen la mayor proporción de *NiNis*. En verdad, una mayor asistencia escolar y acceso al uso de las tecnologías de la información y la comunicación así como un grado más alto de empleo en el municipio se traducen en una menor propensión a ser *NiNi* (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 3 y 29 y Borunda Escobedo, 2013: 140).

La individualización de los riesgos

La reorientación del modelo económico ha ido a la par con el surgimiento del régimen de riesgo. Dicho de otro modo, impera la economía política de la inseguridad y la incertidumbre (Beck, 2000: 79 y 82). Al desplegarse el neoliberalismo, la inseguridad de la posición social se entrelaza a la incertidumbre con respecto al futuro del sustento. Así que el mercado expande los miedos a través de la escasez y la precariedad del empleo mientras que el adelgazado Estado del bienestar ya no los reduce. Por tanto, el individuo se vuelve proclive a un estado de indefensión y crecen los miedos, tal como lo observa Zermeño (2005: 95) en la sociedad mexicana.

Tal régimen significa individualización sobre el trasfondo de inseguridad e incertidumbre (Beck, 2000: 81). Se individualizan –y por ende se privatizan– los riesgos por los cuales el Estado solía responsabilizarse a través de las políticas públicas. Las funciones que le eran propias han sido externalizadas hacia los individuos. Son ellos, y los jóvenes en particular, quienes soportan las secuelas de la inacabada tercera revolución educativa (no estudian o bien, en el mejor de los casos, pagan las cuotas que cobran las escuelas privadas) y de la creciente precariedad laboral (aceptan empleos a toda costa y son dispuestos a cualquier concesión). Así como lo señaló Bauman (2011: 20) en otra geografía, los asuntos de interés público se convierten en deberes individuales. Los individuos se ven obligados a idear soluciones personales a problemas generados socialmente y se espera que lo hagan mediante sus habilidades y su capital económico (ibid, 28). O sea, se espera que busquen soluciones biográficas a las contradicciones sistémicas (ibid, 76). Estudiar y acceder a un empleo se convierten igualmente en un asunto privado, acudiendo los individuos a los recursos que se hallan en su posesión. En fin, el corolario de esa individualización es la estigmatización de los desocupados (se les recrimina sus deficiencias formativas, sus carencias en relaciones y habilidades laborales, su incapacidad de cambio, etc.). (Rubio Arribas, 2013).

Mediante la introducción de la categoría de los *NiNis* en el aparato estadístico del Estado (en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del Instituto Nacional

de Estadística y Geografía), se cataloga la incapacidad para participar en el juego del mercado educativo y laboral. El acrónimo *NiNi* es una traducción de la voz *NEET* (*Not in Employment, Education or Training*) utilizada por primera vez a finales del siglo pasado en Gran Bretaña en un informe de la *Social Exclusion Unit*. Reemplazó a *Status Zero* empleado en los reportes previos (Negrete Prieto y Leyva Parra, 2013). Para especificar la exclusión, se pasó del concepto de ‘estatuto cero’, el cual no elimina la sociedad, al de ‘*NiNi*’ que remite al actuar de los meros individuos (ni estudian ni laboran). Ese cambio semántico descarta el que las principales diferencias entre los jóvenes se encuentren no sólo en sus características individuales sino en la estructura socio-económica de sus hogares (Vargas Valle, 2012: 26). Por esto, la categoría *NiNi* se refiere, para decirlo en términos del sociólogo Mattelart (2001: 44), a una a-topía social que borra el contexto que lo engendra. Simplifica la actuación de los sujetos y reduce el grado de complejidad del fenómeno, como si los hechos sociales y la sociedad deben comprenderse desde una racionalidad no humana e intrínseca al sistema, siendo el mismo capaz de producir referentes tales como dicha categoría²¹. Ahora bien, nombrar a un fenómeno por medio de la categorización es imprescindible para darle solución, esto es, implementar políticas públicas.

Pero nombrar puede ser también un motivo para controlar²². En efecto, existe siempre el dilema de que las tradicionales funciones protectoras del Estado sean reclasificadas en objeto de ley y orden puesto que éste tiende a “lavarse las manos” con respecto a la precariedad que resulta de la lógica de los mercados autorregulados (Bauman, 2011: 76 y 165). Entonces, la cuestión social corre el riesgo de transformarse en un problema a resolver mediante la violencia legítima, tanto más que a falta de políticas públicas que compensen las fallas de las instituciones socializadoras los políticos y los mercados anhelan capitalizar los difusos miedos que saturan las sociedades (ibid, 30). En la misma sociedad mexicana, en donde hay “corredores vigilados” (condominios de alta seguridad, arterias urbanas hipervigiladas, etc.) cuya delimitación pretende evitar la invasión de los de “afuera” (vendedores ambulantes, delincuentes, etc.), las demandas de seguridad de los de “adentro”, quienes tienen representatividad para dirigirlas hacia las instituciones del Estado, aumentan (Zermeño, 2005: 34-35). En tales condiciones, el Estado busca otras alternativas no eco-

21. Véase Roitman Rosenmann (2003, 16-19) sobre el pensamiento social-conformista. Éste limita el ámbito de la política y elimina el conflicto (ibid, 40). Tiene como fin “abstraer el yo social y sustituir el estado de conciencia del campo de condiciones sobre las cuales se construyen las explicaciones histórico-culturales de los comportamientos sociales” (ibid, 108).

22. El proceso de categorización es también una táctica de poder. En efecto, éste “produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad” mismo que busca “aumentar a la vez la docilidad y la utilidad de todos los elementos del sistema” y trata de controlar o de manipular “el cambio de escala cuantitativa de los grupos” (Foucault, 1976: 198 y 221).

nómicas sobre las cuales descansar su legitimidad –en realidad, el mantenimiento del orden en el territorio administrado es la única función que aún permanece en sus manos y se aparta de las otras funciones que ejercía tradicionalmente o bien las comparte con otros poderes– (Bauman, 2011: 77 y 78 y 2013: 72). Proporciona una seguridad que sustituya a la económica, relegada a una posición secundaria, y tiende a ejercer la violencia legítima sobre nuevas categorías que amenacen las posesiones personales, la casa y el vecindario. Entonces, es probable que la categorización de los *NiNis* sancione no sólo su incapacidad para involucrarse en el juego del mercado educativo y laboral sino también señale, como ya ha ocurrido en los medios mexicanos, su potencial peligrosidad por ser blanco fácil para los reclutas de la delincuencia (tanto más que la propensidad a realizar actos criminales es mayor en los jóvenes). (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 1 y 2)²³.

Conclusión

La adopción en México de una política económica que fomenta el desarrollo “desde fuera” convirtió el bono demográfico en oportunidad fallida. Los jóvenes son entre quienes asumen los costos de tal opción. Al mismo tiempo, las instituciones socializadoras (escuela y trabajo) se vuelven menos nómicas, participando de la pérdida de control y de significado de aquellos sobre el entorno²⁴.

Ser *NiNi*, la categoría de jóvenes más afectada por esa política, resulta de características individuales y del hogar –con mayor frecuencia, los *NiNis* proceden de ambientes con escasos ingresos y escolarización, están casados y tienen hijos– pero sí está correlacionado con las oportunidades disponibles para los jóvenes en el sistema educativo y en el mercado laboral (Arceo Gómez y Campos Vázquez, 2011: 4 y Benjet y al., 2012: 412 y 413). Sobre todo, la individualización de los riesgos (retroceso del Estado del bienestar, escasez y precariedad laboral) que va parejo con el modelo económico hace que el fracaso recaiga sobre ellos, generando en mayor grado que en los estudiantes patologías como la ansiedad, el consumo de drogas o el suicidio (Benjet y al., 2012: 412 y 416).

Concurren dos perspectivas en el discurso sobre la población *NiNi*; aquella que enfatiza la agenda personal de los jóvenes en la inactividad (la individualización de las trayectorias juveniles) y su estigmatización y aquella que destaca la exclusión social que la juventud experimenta (Vargas Valle, 2012: 7-9). Con la invención de la catego-

23. Véase Fazio (2013) acerca de la construcción del miedo en México fraguada por los monopolios televisivos.

24. El 70 por ciento de los casos de delincuencia son achacables a personas de menos de 25 años (Vásquez González y Garay Villegas, 2011: 79). En Ciudad Juárez, una de las más violentas del mundo, donde la exclusión del sistema educativo y del trabajo es considerable, el 80 por ciento de los adolescentes detenidos en la Secretaría de Seguridad Pública Municipal serían *NiNis* (Borunda Escobedo, 2013: 127 y Salama, 2013: 14 y 20).

ría *NiNi*, se da el primado a la primera. Se institucionaliza la individualización de los riesgos. El Estado no busca reducir las brechas entre grupos sociales para apuntalar la igualdad de oportunidad sino que cada uno “se las arregla” de acuerdo con su capital inicial. Los individuos deben ser activos y lo que está en juego en la sociedad dejan de ser las instituciones y pasan a ser ellos, a quienes se pide que “triunfen” (en el mejor de los casos plegándose a las exigencias del *empowerment*). Las fronteras sociales se vuelven fronteras morales –hoy, los Estados prefieren ayudar a los individuos antes que asegurar las posiciones y redistribuir las riquezas y la cohesión de la sociedad resulta de las acciones de los actores mismos– (Dubet, 2011: 61, 62 y 82)²⁵. Pero tal como se observa en el caso de los *NiNis*, esa opción ideológica termina por acentuar el peso del nacimiento y la disparidad de las fortunas. Además, el contrato social entre generaciones, implícito en el Estado del bienestar mexicano, se ve aún más amenazado²⁶. Se va rompiendo el equilibrio a través del cual la inversión en educación realizada durante las primeras edades produce una rentabilidad a lo largo de la vida activa y permite devolver ese “préstamo”, que se reutiliza en la escolaridad de la generación entrante y en las pensiones de la que es mayor de edad.

El mismo nombre de la categoría *NiNis* lleva a equivocación. No se llama a estos “excluidos de la escuela y del trabajo” tal como se les hubiera nombrado en un Estado del bienestar orientado a asegurar a todos un piso aceptable de condiciones de vida y de acceso a la educación y a la seguridad laboral, lo cual pondría de manifiesto las fallas de las instituciones socializadoras, sino *NiNis* como si fuera una decisión individual de no estudiar ni laborar y de no incorporarse en ellas. Por un lado, habría jóvenes responsables de su actuar y, por otro, instituciones que sólo lo reflejarían como si ellas fueran neutras y no construcciones sociales. De tal suerte que se naturaliza lo social convirtiéndose las instituciones en entidades incuestionables, a semejanza de las crisis económicas que parecen ser desgracias naturales. Además, la juventud *NiNi* no es objeto de políticas públicas específicas tales como la oferta de guarderías o un mayor fomento a la asistencia escolar a nivel de medio superior (los *NiNis* hombres en promedio no terminan de cursarlo). Total, los *NiNis* corren el riesgo de pasar a ser un lastre social.

Referencias

ABOITES Jaime, SORIA Manuel (2008), *Economía del conocimiento y propiedad intelectual (lecciones para la economía mexicana)*, Universidad Autónoma Metropolitana-Siglo XXI editores, México

25. Véase *ibid* (2011) acerca de las políticas sociales que fomentan la competencia continua entre todos.

26. Véase en Dautrey (2013) sobre el declive del Estado del bienestar en México.

- ÁLVAREZ Nacho, BUENDÍA Luis, MATEO Juan Pablo, MEDIALDEA Bibiana, MOLERO Ricardo, MONTANYÁ Miguel, PAZ Ma. José, SANABRIA Antonio (2008), *Ajuste y salario (las consecuencias del neoliberalismo en América Latina y Estados Unidos)*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid
- ANDERE M. Eduardo (2013), *La escuela rota (sistema y política en contra del aprendizaje en México)*, Siglo XXI Editores, México
- ARCEO GÓMEZ Eva O, CAMPOS VÁZQUEZ Raymundo M. (2011) *¿Quiénes son los NiNis en México?*, Centro de Estudios Económicos (serie documentos de trabajo), El Colegio de México, México
- BAUMAN Zygmunt (2011), *Daños colaterales (desigualdades sociales en la era global)*, Fondo de Cultura Económica, Madrid-Buenos Aires-México
- (2013), *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Madrid/Buenos Aires/México
- BECK Ulrich (2000), *Un nuevo mundo feliz (la precariedad del trabajo en la era de la globalización)*, Editorial Paidós, Barcelona
- BENJET Corina, HERNÁNDEZ-MONTOYA Dewi, BORGES Guilherme, MÉNDEZ Enrique, MEDINA-MORA María Elena, AGUILAR-GAXIOLA Sergio (2012), “Youth who neither study nor work: mental health, education and employment”, *Salud Pública de México*, 54 (4): 410-417
- BERGER Peter L., LUCKMAN Thomas (2008), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu editores, Buenos Aires
- BOLAÑOS LÓPEZ Alejandro, (2013), “Mitos de la reforma laboral en México”, *Observatorio del Desarrollo (IIE-UNAM)*, 1 (3): 14-17
- BORUNDA ESCOBEDO José Eduardo (2013), “Juventud lapidada: el caso de los ninis”, *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 22 (44): 120-143
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (2011), *Panorama social de América Latina 2011*, Publicación de las Naciones Unidas, Santiago de Chile
- DAUTREY Philippe (2012), “Una mirada sobre la educación superior mexicana. Instituciones, saberes y mercado”, *Ibero-Americana. Revista nórdica de estudios latinoamericanos y del Caribe*, XLII (1-2): 185-201
- (2013), “Precariedad de la sociedad, segmentación de la política social. El caso de México”, *Revista europea de estudios latinoamericanos y del Caribe*, 94: 25-42
- DUBET François (2011), *Repensar la justicia social (contra el mito de la igualdad de oportunidades)*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires
- ESPINA Álvaro (2007), *Estado de Bienestar y competitividad*, Fundación Carolina-Siglo XXI editores, Madrid

- ESTEVE José M. (2003), *La tercera revolución educativa (la educación en la sociedad del conocimiento)*, Editorial Paidós, Barcelona
- FAZIO Carlos (2013), *Terrorismo mediático (la construcción social del miedo en México)*, Random House Mondadori, México
- FERNÁNDEZ PONCELA Anna María (2012), “Un perfil de la juventud mexicana”, *El Cotidiano*, 163: 7-15
- FOUCAULT Michel (1976), *Vigilar y castigar (nacimiento de la prisión)*, Siglo XXI Editores, México
- FRANCO LÓPEZ Jorge (2012), *México: del empobrecimiento al bienestar (el final de la globalización)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México
- GOBIERNO FEDERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS (2012), “Sexto informe de gobierno”, <http://www.informe.gob.mx>. [Consultado el 18 de enero de 2014]
- GONZÁLEZ ENCISO Agustín (2007), *Más allá de la división del trabajo*, Eunsa-Astrolabio (Ediciones Universidad de Navarra), Pamplona
- HOLLOWAY John (2004), *Keynesianismo: una peligrosa ilusión (un aporte al debate de la teoría del cambio social)*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (2013/a), “Estadísticas a propósito del día internacional de la juventud”, 09 de agosto de 2013, <http://www.inegi.org.mx>. [Consultado el 28 de diciembre de 2013]
- (2013/b), “Estadísticas a propósito del día internacional de la juventud”, 12 de agosto de 2013, <http://www.inegi.org.mx>. [Consultado el 28 de diciembre de 2013]
- (2013/c), “Ocupación y Empleo (Distribución porcentual de la población desocupada según el nivel de instrucción y antecedentes laborales, nacional)”, <http://www.inegi.org.mx>. [Consultado el 27 de diciembre de 2013]
- (2014), “Resultados de la encuesta nacional de ocupación y empleo: cifras durante el cuarto trimestre de 2013”, 12 de febrero de 2014, <http://www.inegi.org.mx>. [Consultado el 24 de febrero de 2014]
- INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD (2012), “Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012”, <http://www.imjuventud-gob.mx> [Consultado el 24 de febrero de 2014]
- LICHTENSTEIN Nelson (2006), *Wal-Mart (El rostro del capitalismo del siglo XXI)*, Editorial Popular (Sociologías), Madrid
- LÓPEZ Pablo (2011), “La experiencia mexicana con Banca de Fomento: Nacional Financiera entre 1940 y 1982” en Rougier Marcelo, *La banca de desarrollo en América Latina (luces y sombras en la industrialización de la región)*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 275-327

- LÓPEZ MOGUEL María del Rosario (2009), “Efectos de la correspondencia entre educación y empleo de los jóvenes en el mercado de trabajo mexicano”, *Revista Mexicana de la Investigación Educativa*, 14 (42): 863-887
- MÁRQUEZ JIMÉMEZ Alejandro (2011), *El crecimiento del sistema educativo en México, 1992-2004 (acceso y permanencia: ¿Quién se beneficia de la expansión escolar?)*, Miguel Ángel Porrúa-Universidad Nacional Autónoma de México, México
- MATTELART Armand (2001), *Histoire de la société de l’information*, La Découverte, Paris
- MENDOZA ENRIQUEZ Hipólito (2011), “Los estudios sobre la juventud en México», *Espiral*, XVIII (52): 193-224
- MORA-SALAS Minor, DE OLIVEIRA Orlandina (2009), «La degradación del empleo asalariado en los albores del siglo XXI: Costa Rica y México», *Papeles de Población*, 15 (61): 195-231
- MORENO-BRID Juan Carlos, ROS BOSCH Jaime (2010), *Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana (una perspectiva histórica)*, Fondo de Cultura Económica, México
- NEGRETE PRIETO Rodrigo, LEYVA PARRA Gerardo (2013), «Los NiNis en México: una aproximación crítica a su medición», *Revista Realidad, Datos y Espacios. Revista Internacional de Estadísticas y Geografía*, vol. 4, núm. 1 (enero-abril.), http://www.inegi.org.mx/RDE/RDE_08/RDE_08_Art6.ht [Consultado el 2 de febrero de 2014]
- NÚÑEZ ESTRADA Héctor Rogelio, GARCÍA ROCHA Octavio (2011), *La crisis del neoliberalismo en México. Hacia un nacionalismo globalizado (cambios urgentes en el sistema financiero)*, Plaza y Valdés editores, México
- ORGANIZACIÓN PARA LA COOPERACIÓN Y EL DESARROLLO ECONÓMICO (2012), «OECD Employment Outlook 2012», <http://www.oecd.org/fr/els/emp/Mexico>. [Consultado el 20 de diciembre de 2013]
- (2013/a), «OECD Employment Outlook 2013», [http://oecd.org/fr/els/emp/Country%20Notes-MEXICO%20\(ES\).pdf](http://oecd.org/fr/els/emp/Country%20Notes-MEXICO%20(ES).pdf) [Consultado el 20 de diciembre de 2013]
- (2013/b), “Education at a glance 2013 (OECD indicators)”, <http://www.oecd.org/edu>. [Consultado el 20 de diciembre de 2013]
- ORDORIKA Imanol, RODRÍGUEZ GÓMEZ Roberto (2013), “Cobertura y estructura del Sistema Educativo Mexicano: problemática y propuestas”, Instituto de Investigaciones Económicas/Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, <http://www.planeducativonacional.unam-mx> [Consultado el 23 de diciembre de 2013]

- ORIVE Adolfo (2011), *Una economía alternativa para México*, Fundación México Social Siglo XXI, México
- PALACIOS BLANCO José Luis (2004), *Educación con valor: el desafío de la educación superior*, Secretaría de Educación Pública, México
- ROITMAN ROSENMANN Marcos (2003), *El pensamiento sistémico (los orígenes del social-conformismo)*, Siglo XXI Editores, México
- RUBIO ARRIBAS Javier (2013), “Consecuencias sociales y laborales de la desregularización del mercado del trabajo”, *Nómadas*, núm. 38. <http://www.redalyc.org>.
- SALAMA Pierre (2013), “Homicidios, ¿es ineluctable la violencia en América Latina?”, *Frontera Norte*, 25: 7-27
- TÉLLEZ VELASCO Daniel (2011), “Jóvenes NiNis y profesionistas titi: la estratificación letrada del desempleo”, *El Cotidiano*, 169: 83-96
- VALENCIA LOMELÍ Enrique (2010), “Los debates sobre los regímenes de bienestar en América Latina y en el Este de Asia (los casos de México y Corea del Sur)” en *Espiral (Estudios sobre Estado y Sociedad)*, XVI (47): 65-103
- VARGAS VALLE Eunice D. (2012), “Los jóvenes del norte y del sur de México en inactividad laboral y educativa: niveles y factores asociados”, *Papeles de Población*, 18 (73): 1-43
- VÁZQUEZ GONZÁLEZ Silvia, GARAY VILLEGAS Sagrario (2011), *Jóvenes: Inserciones y exclusiones a la escolarización y al trabajo remunerado*, Promep-Universidad Autónoma de Tamaulipas-Universidad Autónoma de Nuevo León-Miguel Ángel Porrúa, México
- ZERMEÑO Sergio (2005), *La desmodernidad mexicana (y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días)*, Editorial Océano, México